

cinta. Alabé su providencia, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Tenia hambre, y consentí en un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado. Allí sacó su provision el barberillo, y toda consistía en media docena de nueces, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó, como lo mejor y mas precioso de las alforjas, fue una botita llena de un vino que aseguró ser muy delicado y generoso. Aunque los manjares no eran los mas exquisitos ni los mas apetitosos, todavía, como teníamos hambre uno y otro, nos supieron muy bien, y no los desairamos. Vaciamos tambien toda la bota, que hacia dos azumbres, de un vino que, á mi parecer, no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refeccion nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viage con mas vigor y con mayor alegría. El barberillo, á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me suplicó que se las contase, para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Parecióme que nada podia negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo. Díle el gusto que deseaba, y en correspondencia le dixé que era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia, no merece cierto ser contada, porque toda

da ella se reduce á simples hechos. Todavía, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que divertirnos, se la referiré á Vmd. tal qual ella ha sido; y diciendo y haciendo comenzó á referirla poco mas ó ménos en los términos siguientes.

CAPITULO VII.

Historia del mancebillo barbero.

Fernando Perez de la Fuente, mi abuelo (porque me gusta tomar las cosas muy de atras) despues de haber exercitado el oficio de barbero en la noble Villa de Olmedo por espacio de cinquenta años, murió, dexando quatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolas, heredó la tienda, y siguió la misma profesion. Beltran, que fue el segundo, se aplicó á mercader, y trató en especeria. El tercero, llamado Tomás, se dedicó á maestro de escuela. El quarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su herencia, y se fue á Madrid, donde esperaba darse á conocer algun dia por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron. Mantuviéronse en Olmedo, y allí se casaron todos tres con hijas de labradores que traxeron en matrimonio poca dote, pero en cambio de ella una gran fecundidad. Parece que habian apostado á qual habia de parir mas. Mi madre, que era la muger del barbero, por su

parte parió seis en los cinco primeros años de casada, y yo fui uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas, me puso á su oficio. Apenas cumplí quince años quando un dia me echó acuéstas las alforjas que veis, y ciñéndome esta misma espada á la cinta: ea, Diego (me dixo) ya puedes ganar la vida, vete á correr mundo. Estás algo basto, y te conviene viajar para limarte, como tambien para perficionarte en tu oficio. Vete, pues, y no vuelvas á Olmedo hasta haber girado toda España. No qu iero oír hablar de tí hasta que hayas hecho todo esto. Díome un paternal abrazo, tomóme por la mano, y boníticamente me conduxo hasta ponerme de paticas en la calle.

Esta fue la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio mas dulce, se mostró mas sentida de mi marcha. Dexó caer de los ojos algunas lágrimas, y aun me metió en la mano un ducado ocultamente y como á escondidas del marido. Salí, pues, de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado docientos pasos quando exâminé mis alforjas, picándome la curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del qual habia dos navajas de afeytar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas, y con un pedacito de xabon. Ademas de eso hallé una

camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fueron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. A esto se reducía todo mi haber. Por aquí podrá Vmd. conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, quando me echó de su casa con tan poca provision. Sin embargo la posesion de un ducado y veinte reales mas no dexó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable; y lleno de alegría proseguí mi camino, mirando de quando en quando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba, y me impedia el caminar.

Hácia el anochecer llegué al reducido lugar de Ataquines, con una hambre que ya no podia sufrir. Entré en el meson, y como si me sobrase mucho para el gasto, ordené con voz alta que me traxesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atencion por algun tiempo, y conociendo lo que podia ser yo: sí, me dixo con mucha dulzura, sí, caballero mio, Vmd. quedará satisfecho, y será servido como un Príncipe. Condúxome á un zaquizamí tan pequeño como obscuro, y un quarto de hora despues me sirvió un plato de machorra, que comí con tanto apetito como si fuera de cabrito ó de ternera mongana. Acompañó el excelente plato con un vino, que (segun él decia)

el Rey no le bebia mejor. Y aunque conocí muy bien que ya era un vino embrion de yinagre, sin embargo le hice tanto honor como habia hecho á la machorra. Despues era menester, para ser tratado en todo como un Príncipe, que me dispusiesen una cama mas propia para despertar á una piedra que para dormir. Figúrese Vmd. una tarima tan corta, que, aun siendo yo pequeño, no podia extender las piernas sin que saliese fuera la mitad. Fuera de eso el colchon de plumas se reducía á una especie de jergón ético y estrujado, sobre el qual se tendía una manta raída y dos ó tres veces doblada, con una sábana de estopa tan negra, que habria servido á cien pasajeros despues de la última lavadura. Con todo eso en la cama, que fielmente acabo de dibuxar, con la barriga llena de machorra y de aquel precioso vino, que ántes describí, gracias á mis pocos años y á mi natural robustez, dormí profundamente y pasé la noche sin la mas leve indigestion.

Al dia siguiente, despues de haber almorzado, y pagado bien el principesco tratamiento que me habian hecho, me puse de un solo trote en Segovia. Luego que llegué tuve la fortuna de que me recibieron en una tienda, solamente por la casa y la comida; pero no me detuve allí mas que seis meses. Otro mancebo barbero, con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid, me alborotó los cascotes, y me enganchó para que le hiciese compañía.

Aco-

Acomodéme luego sin trabajo sobre el mismo pie que en Segovia. Entré en una tienda de las mas freqüentadas, pues su vecindad al Corral del Príncipe atraía tanta multitud de parroquianos, que el maestro, dos mancebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Velanse en esta tienda personas de todas clases y condiciones, pero, entre otras, autores y comediantes. Una vez concurrieron á un mismo tiempo dos personajes de la primera clase. Comenzaron á discurrir sobre los poetas y las poesias del tiempo, nombrando á mi tio entre los primeros. Entónces me apliqué á oírlos con mayor atencion. Don Juan de Zavala, dixo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó furiosamente. ¿Y Luis Velez de Guevara, dixo el otro, no acaba de regalarnos con una bellísima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable que su última comedia? Nombraron no se á quantos otros poetas, de cuyos nombres no me acuerdo, pero me acuerdo bien que hablaron de ellos muy mal. De mi tio hicieron ámbos mas honorífica mencion. Si, dixo uno de ellos, Don Pedro de la Fuente es un excelente autor. Sus escritos están llenos de una gracia y de una erudicion, que al mismo tiempo instruyen y deleytan por su delicada sal. No me admiro de que sea tan estimado en la Corte y entre el pueblo, ni

TOM. I.

Z

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de que muchos señores le hayan señalado pensiones. Há muchos años que goza una gruesa renta. El Duque de Medinaceli le da casa y mesa; por lo que gasta poco, y precisamente ha de estar muy bien y tener dinero.

No perdí una sílaba de todo lo que dixerón de mi tío aquellos poetas. Ya sabíamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas que pasaban por Olmedo nos habían informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos había escrito, y se mostraba tan desviado de nosotros, oíamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien, y que me informé donde vivía, tuve tentacion de ir á verle y darle á conocer. Solo me detenía el haber oído á los poetas llamarle *Don Pedro*. Aquel *Don* me hacia titubear, recelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tío. Con todo eso vencí al cabo este temor, pareciéndome que así como había sabido hacerse sabio podia tambien haber sabido hacerse noble y caballero, y en virtud de eso resolví presentarme á él. Para esto al día siguiente, con licencia de mi amo, me vestí lo mas decentemente que pude, y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuelli-erguido por verme sobrino de un hombre cuyo ingenio metía en la Corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gen-

gente del mundo ménos sujeta á la vanidad. Comencé, pues, á tenerme en grande opinion, y caminando con orgullosa gravedad pregunté por la casa de Medinaceli. Enseñáronmela, y entrando en ella supliqué al portero que me dixese qual era el quarto del señor Don Pedro de la Fuente. Suba Vmd., me dixo, por aquella escalerilla excusada, mostrándome una que estaba á un rincon del patio, y llame á la primera puerta que encontráre á mano derecha. Hícelo así; llamé á la puerta, y salió á abrir un mocito, á quien pregunté si vivía allí el señor Don Pedro de la Fuente. Sí señor, me respondió, pero ahora no se le puede entrar recado. Lo siento mucho, repliqué yo, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traygo noticias de su familia. Aunque se las traxera Vmd. del Padre Santo de Roma seria lo mismo, ni en este momento le introduciria yo en su quarto. Está actualmente componiendo; y mientras trabaja no quiere que ninguno entre á interrumpirle ni á distraerle. De nadie se dexa ver hasta medio día, y así puede Vmd. ir á dar una vuelta, y volver hácia aquel tiempo.

Salíme, pues, y fuíme á pasear por Madrid toda la mañana, pensando siempre en el modo con que mi tío me recibiria. Sin duda, decia yo entre mí mismo, que tendrá un grandísimo gusto de verme, y conocerme, porque media su corazon por el mio, y todo se me iba en prevenirme para mostrarle el mas vivo

y mas tierno agradecimiento. Al fin volví con toda diligencia á la hora que se me habia señalado. Viene Vmd. muy á tiempo, me dixo el page: presto saldrá mi amo, espere Vmd. aquí, que voy á entrar el recado. Volvió dentro de un instante, y me hizo entrar donde estaba mi tio, cuya vista me dió golpe, porque luego observé en su cara ciertos rasgos de familia. Era tan parecido á mi tio Tomás, que le hubiera tenido por el mismo, si no le viera en aquel traje y en aquel estado. Saludéle con el mas profundo respeto, y le dixe que era el hijo de Nicolas el barbero de Olmedo, y hermano de su señoría, y que habia tres semanas que estaba en Madrid exercitando el mismo oficio de mi padre, en calidad de mancebo, con ánimo de girar por toda España para perficionarme en mi profesion. Mientras le estaba hablando reconoci que mi tio estaba distraido y pensativo, dudando verisimilmente si me reconoceria ó no me reconoceria por sobrino, ó discurriendo algun arbitrio para librarse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido, y afectando un cierto ayre jovial y risueño, me dixo: y bien, amigo, ¿cómo están de salud tus padres y tus tios? ¿en qué estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á informarle de su fecunda propagacion: fuéle nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprendiendo en la lista hasta los nombres de sus padrinos y de sus madrinas. Parecióme que no se

in-

interesaba infinitamente en tan menuda relacion; y queriendo atajar el discurso para venir á las inmediatas: hora bien, querido Diego, me dixo, apruebo mucho que pienses correr mundo para perficionarte en tu oficio, y te aconsejo que no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso para la juventud, y tu te perderias en él. Mucho mejor harás en recorrer otras Ciudades del Reyno, donde no están tan estragadas las costumbres. Vete, pues, y quando estés ya para partir vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viage. Diciendo esto me fue llevando poco á poco hácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

No conocí, por mi poca malicia, que solo buscaba pretextos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y dí cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que no penetró mas que yo la verdadera intencion del señor Don Pedro, me dixo: yo no soy del parecer de tu tio. En lugar de exórtarte á correr mundo, me parece que te debia aconsejar que te mantuvieses en Madrid. El trata con tantas personas de la primera distincion, que facilmente podria colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo hicieses gran fortuna. Enamorado de un discurso que me pintaba en la imaginacion grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa del señor tio, y le representé que podia emplear su va-

li-

limientó en acomodarme con algun personaje de la Corte. Disgustóle mucho la proposicion. Un hombre vano, que entra francamente en casa de los grandes, y se sienta con ellos á la mesa, no puede sufrir que un sobrino suyo coma con los criados miéntras él está comiendo con los amos, pues en tal caso el pequeño Diego llenaria de confusion y vergüenza al señor Don Pedro. Este, pues, se irritó furiosamente, y lleno de cólera me dixo: ¿cómo, bribon, quieres abandonar tu oficio? Anda, y vete, que yo te dexo en manos de los que te dan tan perniciosos consejos. Sal de mi quarto, repito, y no vuelvas á poner los pies en él si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oír estas palabras, y me espantó mucho mas la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme con lágrimas en los ojos, penetrado de dolor por la dureza con que me habia tratado mi tio. Con todo eso, como siempre he sido de natural fiero y altivo, presto se me enjugó el llanto. Antes bien pasé del dolor á la indignacion, y resolví no hacer caso de un mal pariente, sin el qual habia vivido hasta allí, y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

No pensé entonces sino en cultivar mi talento y en aplicarme al trabajo. Rasuraba todo el dia, y por la noche aprendia á tocar la guitarra. Era mi maestro un buen viejo, á quien yo afeytaba. Aunque su nombre era *Mar-*

cos Obregon, comunmente le llamaban el señor *Escudero*, á causa que lo era de su ama. Sabia perfectamente la música, porque habia sido cantor en una Iglesia. Era hombre muy cuerdo, de mucha capacidad, y de grande experiencia, y me amaba como si fuera hijo suyo. Servia á la muger de un Médico, que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Ibale á ver todos los dias al anochecer, quando no habia que hacer en la tienda, y sentados los dos en ciertos asientos de piedra que habia á los lados de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero suavizándolas lo mejor que podíamos, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, dábamos gusto á las gentes que nos oían. Divertíase particularmente con nuestra música Doña Marcelina, que así se llamaba la muger del Médico. Baxaba algunas veces á oirnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que la caian mas en gracia. Su marido no la impedía esta diversion; pues aunque extremeño y viejo, no era zeloso. Por otra parte, su profesion le tenia ocupado todo el dia, y quando se retiraba á su casa por la noche venia tan fatigado de visitar enfermos, que se acostaba muy temprano, y ninguna aprension le daba el gusto que su muger tenia en nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de excitar en ella perniciosas impresiones. A esto se

añadía que aunque su muger era á la verdad joven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo recelo: era de una virtud tan rústica y tan agreste, que no podia sufrir que ni aun siquiera los hombres la mirasen. Y así no llevaba á mal que tomase aquel honesto é inocente pasatiempo, y nos dexaba cantar todo el tiempo que queríamos.

Una noche que fuí á la puerta del Médico para divertirme como acostumbraba, encontré al viejo escudero, que me estaba esperando. Tomóme por la mano, y me dixo que queria nos fuésemos los dos á pasear un poco ántes de dar principio á la música. Luego que nos vimos en una calle excusada y solitaria, donde conoció que me podia hablar con libertad; querido Diego, me dixo con semblante triste y en tono doloroso, tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi amo. No puedes dudar lo mucho que te quiero. He tenido gran gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar; pero si hubiera previsto lo que habia de suceder, protesto á Dios que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme este discurso, y supliqué al escudero que se explicase mas claro, diciéndome francamente qué cosa era la que podíamos temer, porque yo no era muy valiente, ni gustaba meterme en los peligros, y mas quando de nada podia te-

ner

ner experiencia, no habiendo dado aun el giro que pensaba dar por España. Voy, me respondió, á decirte lo que debes saber para conocer todo el peligro en que nos hallamos. Quando un año há entré á servir al Médico me llevó una mañana al quarto de su muger, y presentándome á ella me dixo: Marcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á qualquiera parte donde vaya. Quedé admirado al ver á Doña Marcelina. Encontréme con una dama jóven, y sumamente bella, gustándome sobre todo lo ayroso de su talle, y lo apacible de su semblante. Señor, respondí al amo me tengo por muy dichoso en servir á una dama tan amable. Desagradó tanto á Doña Marcelina mi respuesta, que con semblante ayrado me dixo: *Oiga el impertinente, el atrevido. ¿Quién le ha enseñado á tomarse esas licencias? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas, ni puedo sufrir requiebros.* Sorprendiéronme extrañamente unas palabras tan ásperas, pronunciadas por aquella boca, y tan ajenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á componer aquel modo de hablar rústico, grosero y desabrido, con todo lo demas que veía en una muger de presencia tan grata. El marido acostumbrado á verlo, léjos de enfadarse, se tenia por muy afortunado en haberle tocado una muger de aquel extraño carácter, tanto que me dixo: Marcos, mi muger es un prodigio de virtud; y viendo que se ponía el manto para salir

200 TOM. I.

AA

lir

lir de casa, me mandó que la fuese sirviendo á la Iglesia. Apenas nos vimos en la calle, quando encontramos dos mozalvetes, que, pagados del ayre y garvo de Doña Marcelina, la dixeron, como es tan ordinario, algunas cosas muy lisongeras. Pero ella les respondió con tanto sacudimiento, y les dixo tantas necedades, que los pobres quedaron corridos y admirados, no sabiendo concebir como podia haber en el mundo una muger que no gustase de ser alabada y aplaudida. ¡Ah! señora, la dixen: haga Vmd. que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que la dicen: ménos malo es callar que responder con grosería y con desabrimiento. Eso nó, replicó ella: quiero enseñar á estos insolentes que yo no soy muger que pueda sufrir me pierdan el respeto. En fin á cada paso se la escapaban tantas impertinencias, que al cabo me resolví á decirla todo lo que sentia, aunque fuese á peligro de disgustarla. Representéla del mejor modo que me fué posible que hacia injuria á la naturaleza, echando á perder tantas bellas prendas de que la habia dotado, malográndolas todas por aquel su humor desabrido, rústico y cerril. Que una muger de genio dulce, y de modales atentas, graciosas y cortesanas, se hacia amar de todos sin el socorro de la hermosura, quando por el contrario la mas hermosa, sin el auxilio de estas otras prendas, era el objeto del desprecio de todos. A este discurso añadí otros, dirigi-

dos al gobierno y arreglo de las costumbres. Despues de haber moralizado á mi satisfaccion, temí que me costase caro mi zelo y mi fidelidad, excitando la cólera del ama, y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto: mas no sucedió así. No se inquietó contra mi representacion: contentóse con hacerla inútil por entónces; y el mismo efecto produxeron otras que la fuí haciendo los dias siguientes.

Canséme de advertirla en vano sus defectos, y abandonéla á la rústicidad de su genio. Pero ¿quien lo creyera? Aquel natural tan feroz, aquella muger tan orgullosa y tan selvática, de dos meses á esta parte mudó enteramente de humor. Hoy mira á todos con agrado, y á todos trata con dulcísimas modales. Ya nó es aquella Marcelina, que no respondia sino desprecios y necedades á los hombres que la saludaban ó alababan. Ya no se muestra insensible á las lisonjas que la dan, ni á los obsequios que la tributan. Gusta de oír que es hermosa, y que la digan que ningun hombre la puede mirar sin peligro. Son muy de su gusto los requiebros, y en suma ya es otra muger muy distinta de la que era. Esta mudanza apenas se puede concebir; pero lo que mas te ha de admirar es el asegurarte yo, que tú mismo, sin saberlo, has hecho este gran milagro. Sí, querido Diego, tú has sido el autor de un metamórfosis tan extraña: tú has conver-

tido aquel tigre feroz en una mansísima oveja. En una palabra: tú la has merecido su atención, como lo he observado mas de una vez; y yo conozco mal á las mugeres, ó mi ama se abrasa por tí en un vehementísimo amor. Estas, hijo mio, la triste noticia que tenia yo que darte, y esta la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

Yo no veo, respondí al viejo, gran motivo de afligirnos en todo lo que Vmd. me ha dicho, ni mucho ménos que sea tan grande desgracia mia, que me ame una muger hermosa. ¡Ah Diego! me replicó; bien se conoce que discurras y piensas como mozo. Solo miras al cebo, y no descubres el anzuelo. Te paras solo en el placer, pero yo, como viejo y experimentado, preveo los disgustos que despues se han de seguir, porque no hay cosa que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta, con tu vista se irritará cada dia mas la pasion de Doña Marcelina, y olvidada de todo recato llegará á conocerla el Doctor Oloroso su marido; el qual se ha mostrado tan condescendiente hasta aquí, porque no tenia el mas mínimo motivo para ser zeloso, pero despues entrará en furor, se vengará de su muger, y podrá hacernos á los dos un flaco servicio. Y bien, señor Marcos, le repliqué, yo me rindo á vuestras razones, y me pongo enteramente en vuestras manos. Dígame Vmd. lo que debo hacer, y como me he de portar

pa-

para precaver todo siniestro accidente. Dexando los dos nuestras músicas, me respondió, y procurando tú que no te vuelva á ver mi señora. Quando ya no te vea, poco á poco se la irá entibiando la pasion, y volverá á su tranquilidad. Espérame tú en casa del maestro, que yo te iré á buscar, y allá tocáremos y cantáremos sin peligro. Ofrecílo así; y con efecto hice propósito de no volver mas á la puerta del Médico, y estarme encerrado en mi tienda, pues era un hombre que no podia ser visto sin perjuicio de las mugeres.

Miéntas tanto el buen Marcos, á pesar de su prudencia, experimentó dentro de pocos dias que el medio discurrido, y aconsejado por él no habia bastado para templar el fuego de Doña Marcelina, ántes bien habia producido un efecto enteramente contrario. Esta dama, á la segunda noche que no nos oyó cantar, le preguntó por qué razon habiamos suspendido nuestra música, y qual era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondiéndola que me habian ocurrido tantas ocupaciones, que no me dexaban un instante para divertirme. Mostróse satisfecha de esta excusa, y por tres dias sufrió mi ausencia con valor y disimulo; mas al cabo perdió la paciencia, y no sin alguna viveza dixo al escudero: Marcos, tú me engañas: aquí se encierra algun misterio, que absolutamente quiero aclarar. Habla, y no me ocultes nada, que así te lo mando. Señora,

-M

res-

respondió él pagándola con otra mentira, ya que Vmd. quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse ya sin cena. ¡Como sin cena! exclamó ella entre compasiva y colerica. ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡Pobre mozo! Anda al instante, y tráemele contigo, asegurándole que nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré orden que se le reserve siempre algun plato.

¿Qué es lo que oygo! exclamó el escudero admirado de oirla hablar de aquella manera. ¿Sois vos, señora, la que proferís tales palabras? ¿Pues de cuándo acá os habeis hecho tan sensible y piadosa? Desde que tú veniste á esta casa, me respondió con enojo, ó por mejor decir, desde que comenzaste á predicarme contra mis desdenes y á exôrtarme á que corrigiese mi soberbia, que llamabas rusticidad. Mas ¡ay de mi! prosiguió ella, que sin saber cómo, he pasado de un extremo á otro. De altanera y de insensible, me veo ya demasiadamente mansa y tierna. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar. Su ausencia en vez de templar mi amor le enciende mas y mas. ¿Es posible, señora, replicó el viejo, que un mozo que nada tiene de ayroso ni de lindo haya excitado en vos una pasion tan vehemente? Disculparia acaso vuestra pasion si os la hubiera inspirado algun caballero joven y de gran mérito. ¡Ah
Mar-

Marcos! replicó Marcelina, ó yo no me parezco en nada á las otras mugeres, ó tu, no obstante tu larga experiencia, todavia no las conoces bien, si te persuades á que el mérito determina su eleccion. Si he de juzgar á las demas por mi, nunca deliberan para empeñarse. El amor es un desorden de la razon, que á nuestro pesar nos arrastra tras del objeto amado. Es una enfermedad que nace en nosotros, y nos atormenta como la rabia á los perros. No te canses, pues en representarme que Diego no es dingo de mi amor. Basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no descubres tú, y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en persuadirme que ni su talle ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion: á mi me parece mas bello que el mismo dia. Fuera de que tiene una voz que me encanta, y toca la guitarra con una gracia y primor particular. Pero, señora, replicó Marcos, ¿habeis pensado bien lo que es el tal Diego? Su baxa y humilde condicion. . . . Yo no soy mejor que él me interrumpió, pero aun quando fuera una muger de la primera calidad nunca repararia en ello.

Lo que resultó de esta conferencia fue, que desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dexó en su capricho, y se retiró como cede un diestro piloto á la tempestad, que le desvia del puerto quanto mas forceja por desembarcar en él.